

Trabajo, poder y sexualidad, una visión crítica*

***B. García
O. de Oliveira
G. Roel
E. Tuñón***

Orlandina de Oliveira

EL LIBRO RESULTÓ de un esfuerzo colectivo de organización y estímulo al trabajo de investigación individual. Reúne textos elaborados por las participantes del Taller de Investigación Social coordinado por mí desde 1984 hasta 1987 en el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) de El Colegio de México.

El objetivo general del taller fue lograr rigor en el manejo conceptual y metodológico para impulsar la investigación acerca de la condición de la mujer en México. Nuestra perspectiva buscaba: *a)* complementar la crítica teórica con la investigación de realidades específicas; *b)* analizar la desigualdad de géneros como parte del conjunto de las desigualdades sociales entre clases, grupos, etnias o generaciones; *c)* estudiar las relaciones sociales entre hombres y mujeres en la familia, en el lugar de trabajo, en las organizaciones políticas o en otros ámbitos sociales; *d)* estimular áreas de estudio poco exploradas y reforzar el análisis multidisciplinario.

Trabajo, familia y reproducción; poder y participación política; identidad femenina y sexualidad, fueron los grandes temas seleccionados para el libro. La atención dada a ellos en la investigación es desigual. En México, los estudios sobre trabajo, familia y

* El 8 de diciembre de 1989 se presentó el libro *Trabajo, poder y sexualidad*, (México, El Colegio de México, 1989), coordinado por Orlandina de Oliveira. Participaron esta última y las profesoras Brígida García, Gloria Roel y Esperanza Tuñón. *Estudios Sociológicos* quiso recoger en sus páginas la versión de dicha presentación, por considerarla de interés para lectores y lectoras. Por razones de espacio se hicieron algunos cambios editoriales.

reproducción han recibido un mayor énfasis; esto ocurre en menor grado con los análisis sobre mujer y política, mientras que la identidad femenina y la sexualidad son áreas objeto de una atención creciente, aunque la investigación social es todavía escasa.

Los artículos forman un conjunto heterogéneo. Algunos son resultados acabados de investigaciones; otros, adelantos de estudios en marcha; otros más, planteamientos iniciales de temas poco estudiados. Parte del interés de esta obra está justamente en la diversidad de los materiales, tanto por las temáticas tratadas como por su grado de elaboración o las formas de análisis.

Una revisión de los contenidos de los trabajos permite subrayar las presencias y las ausencias femeninas en diferentes ámbitos sociales y destacar los avances logrados, sin perder de vista las ambivalencias en las formas de participación social de la mujer. La consideración de ambos aspectos permite ilustrar mejoras para las mujeres y destacar los nuevos matices que adoptan la subordinación y discriminación femeninas en nuestra sociedad.

Los estudios sobre trabajo, familia y reproducción privilegian el estudio del trabajo del ama de casa y de las empleadas domésticas. Sobresale la comparación entre trabajos asalariado y doméstico y la vinculación de las esferas de la producción y de la reproducción como una manera de confrontar la división ideológica entre el mundo del trabajo y el mundo de la casa.

La unidad doméstica —ámbito social fundamental en los procesos de reproducción cotidiana y generacional de los individuos— constituye en algunos casos el marco de referencia y en otros, la unidad de análisis. La familia se ve como un conjunto de relaciones de parentesco y también como el ámbito donde se crean y recrean relaciones sociales de autoridad, de solidaridad y conflicto, de intercambio y poder (Yanagisako, 1979; Jelin, 1980).

Algunos trabajos subrayan la maternidad como rasgo esencial de la construcción social de lo femenino; aspecto que ha llevado a justificar la división sexual del trabajo, con la mujer en las tareas del ámbito doméstico y el hombre como proveedor principal de la familia.

Los textos reunidos en esta parte también consideran la influencia de los procesos macroestructurales sobre la organización de la vida familiar. La familia no es una unidad aislada, lo social está presente en lo doméstico; las mujeres desempeñan un papel clave en el proceso de producción y de reproducción económica y social, que es distinto de acuerdo con el grupo social de pertenencia.

Debe destacarse que la entrada de las mujeres en el mercado

de trabajo es un logro importante: para unas representa la independencia económica, para otras un complemento necesario de los bajos salarios familiares, otras más se realizan profesionalmente; también significa, casi siempre, romper con el aislamiento social y crear nuevas redes de relaciones. Sin embargo, el trabajo asalariado no necesariamente reduce la discriminación de la mujer y, por lo general, exige para los sectores de escasos recursos económicos una doble jornada de trabajo.

La marcada exclusión de las mujeres de los puestos directivos, de los cargos de representación popular y de la toma de decisiones, sumada a su importancia creciente en diferentes tipos de movilizaciones sociales, ha estimulado en el feminismo una amplia discusión sobre la política y el poder (Kirkwood, 1984; Vargas, 1984). Varias autoras se preguntan sobre nuevas formas de hacer política y buscan estrategias de análisis que permitan hacer visibles las múltiples presencias femeninas en los procesos de organización de la vida social. Las formas no institucionalizadas de participación femenina reciben un interés creciente en América Latina.

La segunda parte de este libro incluye trabajos sobre la presencia y ausencia de las mujeres en la política. Se analizan tanto la participación política femenina en formas no institucionalizadas (movimientos comunitarios) e institucionalizadas (sindicatos, partidos políticos y cargos públicos), como en relación con el trabajo, la familia y otras formas de participación social.

Destaca el interés por estudiar la participación política de las mujeres de sectores medios. Se trata así de compensar la menor atención dada a este sector social en la investigación en México, donde se ha analizado más la presencia femenina en los movimientos populares urbanos.

La crítica a la distinción entre lo público y lo privado es sistematizada y ampliada. La concepción del primero se redefine para abarcar diferentes modalidades de participación; lo político no se limita a acciones relacionadas con el Estado y abarca también la formación de grupos de mujeres que crean identidades sociales mediante el planteamiento de demandas, ubicación de adversarios, búsqueda de estrategias de acción.

La presencia de las mujeres en organizaciones y movilizaciones surgidas desde la sociedad civil implica procesos de aprendizaje y de creación de solidaridades, contribuye a romper las concepciones de lo femenino vinculadas con la pasividad y hace visibles los aspectos políticos y de creación de poderes presentes en lo cotidiano.

La presencia femenina en cargos públicos en México es recién-

te, reducida en número y de influencia limitada. Las normas culturales mantienen la idea de la política como una actividad masculina. Las mujeres que logran llegar a los cargos más altos forman un grupo con elevada educación que proviene de las regiones más desarrolladas y de los estratos sociales más favorecidos. También en la participación sindical los factores culturales e institucionales refuerzan la división sexual del trabajo, aceptada socialmente, y obstaculizan la presencia de las mujeres en los puestos de dirección y toma de decisión. Estos factores propician la autoexclusión; algunas mujeres consideran que no es todavía el momento adecuado, que no están preparadas para desempeñar actividades de mando. Amplios sectores de mujeres tienen arraigada la creencia de la superioridad masculina y aceptan pasivamente ser relegadas a actividades secundarias o desvalorizadas socialmente.

Como se analiza en la bibliografía especializada, entre las características que entran en la construcción social de lo femenino devaluado están: sentimentalismo, delicadeza, paciencia, pasividad. A esta imagen se contraponen la fuerza, agresividad, violencia y competitividad masculina. Muy frecuentemente los hombres y las mujeres actúan de acuerdo con estos estereotipos sociales. Los mecanismos psicológicos de constitución de la personalidad y los valores culturales, mitos y símbolos existentes reafirman la construcción de lo femenino como vinculado al deber, a la responsabilidad, a la pasividad, a la entrega a los demás. Sin embargo, el mundo subjetivo femenino es dual; por un lado, destacan los rasgos de miedo, inseguridad, culpabilidad, obediencia y, por el otro, la rebeldía contra la imagen sumisa y abnegada de las mujeres (Rubin, 1975; Eichenbaum y Orback, 1982).

El interés por entender la compleja interrelación de los procesos sociales, psicológicos y biológicos que intervienen en la configuración de la identidad femenina, estimuló la elaboración de estudios que tratan esta problemática desde dos ángulos centrales: *a)* el análisis de lo simbólico, mediante el examen de diferentes discursos sobre la mujer; se recurre a las psicoanalistas disidentes, las curanderas y las brujas para destacar una búsqueda de nuevas concepciones valoradas de la mujer, y *b)* el estudio de la sexualidad y de la capacidad reproductiva de la mujer como rasgos esenciales de su identidad social. Se plantea una concepción integral de la sexualidad que parte de lo biológico para cuestionar las construcciones sociohistóricas de lo femenino.

Los trabajos que privilegian el discurso tratan de rescatar imágenes de lo femenino desvinculadas de lo débil, pasivo y castrado.

Así, por ejemplo, los estudios sobre las curanderas y las brujas del medioevo destacan una presencia femenina que se vincula con la existencia de poderes terapéuticos, espirituales y comunitarios. Las curanderas son figuras de autoridad, poseedoras de saberes y poderes curativos mientras que las brujas son vistas dentro de un espacio de rebeldía, de protesta generalizada contra la religión dominante y el orden feudal. Curanderas y brujas son mujeres con poderes, que se perciben como enlaces con la divinidad, tienen una imagen de sí mismas valorada; son las elegidas, las privilegiadas. En suma, las autoras destacan en el nivel del discurso los intentos por construir una identidad femenina valorada.

Faltan por analizar las repercusiones que tienen las formas de participación económica, política y social sobre la construcción de una nueva identidad femenina. Muchas de las presencias analizadas han tenido resultados *ambivalentes*. No hay duda de que para muchas mujeres participar en la economía y en la política, aun en ámbitos desvalorados y segregados, significa ganar nuevos espacios de interacción, aprendizaje y reflexión, y abrir caminos alternativos hacia una mayor autonomía y valoración personal. Pero, de igual forma, la presencia de las mujeres en labores remuneradas, en actividades de organización y lucha, en cargos públicos, no necesariamente lleva a una redefinición de los papeles sexuales tradicionales; más bien, las mujeres desarrollan estrategias de acomodo para desempeñar nuevas actividades sin descuidar su función, definida socialmente, de responsables de los trabajos de la reproducción. También vimos cómo varios sectores de mujeres han asimilado las creencias dominantes y contribuyen a recrear contenidos ideológicos que justifican su subordinación como algo natural, propio del sexo femenino, mientras que otras ejercen poderes específicos para cambiar su condición social.

Brígida García

Mis comentarios se referirán a la primera parte del libro, “Trabajo, familia y reproducción”, que comprende cinco artículos. Los primeros tres —“Consideraciones teórico-metodológicas en el estudio del trabajo doméstico en México”, de Martha Judith Sánchez Gómez; “Conceptualización y valorización del trabajo doméstico. El punto de vista de los niños”, de Yolanda Corona Caraveo / “Uniformes, escobas y lavaderos: el proceso productivo del servicio doméstico”, de Mary Goldsmith Connelly— se centran en el

estudio del trabajo doméstico, clave para entender y profundizar en la condición de subordinación femina. En los otros dos artículos —“Patrones de división del trabajo doméstico: un estudio comparativo entre dos grupos de sectores medios”, de Mercedes Blanco Sánchez y “Crisis, economía doméstica y trabajo femenino en Guadalajara”, de Mercedes González de la Rocha— aparece de manera más clara la relación entre el trabajo doméstico y el remunerado en un proceso de condicionamiento mutuo.

Estos cinco trabajos sintetizan el desarrollo de varias líneas pioneras de investigación sobre la mujer en México, y constituyen una referencia indispensable para los estudiosos del tema. Las revisiones bibliográficas o los resultados concretos de investigación están hechas de manera rigurosa y clara, y la lectura del material es ágil y amena.

Me gustaría revisar sucintamente algunos de los hallazgos sustantivos más relevantes en cada estudio, hacer explícita la metodología empleada en la mayoría de los casos y, por último, referirme a algunos puntos que considero de interés en la agenda de investigación y acción que tenemos por delante en el campo del trabajo femenino.

Aportes sustantivos

En todos los trabajos analizados por Martha Judith Sánchez se destaca la conocida contradicción entre la desvaloración social del trabajo doméstico frente a las importantes aportaciones a la reproducción cotidiana y generacional de la población. En dicha revisión se precisan también numerosos aspectos que inciden en la definición de la carga de trabajo doméstico, el cambio en las formas tradicionales de producción, la pertenencia de clase, el ciclo vital y tamaño de las unidades, los ingresos del jefe, las condiciones de la vivienda y la existencia de electrodomésticos. Me parecieron especialmente relevantes la comparación de estimaciones específicas sobre el tiempo dedicado al trabajo doméstico en situaciones concretas, y la reflexión sobre las aportaciones del trabajo doméstico a la comprensión de fenómenos sociales como la reproducción social y de la fuerza de trabajo y el contenido que permite otorgarle al concepto de opresión femenina.

El estudio de Yolanda Corona comienza a llenar un importante hueco en los estudios sobre el trabajo femenino y masculino, esto es, la interpretación y el conocimiento que los niños tienen del tra-

bajo de hombres y mujeres. Sobresalen entre sus hallazgos: *a*) que los niños identifican inicialmente sólo el trabajo remunerado como tal; las tareas domésticas se reconocen como trabajo en un segundo momento, pero que les parece menos duro y de menos dificultad; *b*) que los más pequeños consideran la división sexual del trabajo como natural y dada, pero los mayores problematizan tal concepción, y *c*) que el estereotipo reproducido por los niños sobre el trabajo destaca los rasgos de fuerza y dinero como elementos que le dan valor e importancia a dicho trabajo.

La investigación de Mary Goldsmith es interesante desde numerosos puntos de vista. Uno de los centrales es el uso de conceptos tales como “relaciones sociales”, “procesos de trabajo”, “objetos del trabajo”, “conocimientos y herramientas”, referidos a este trabajo tan particular que es el de la empleada doméstica. Esta investigación ilustra muy bien las potencialidades y limitaciones del enfoque micro y del análisis cualitativo, a las cuales me referiré más en detalle en lo que sigue.

El artículo Mercedes Blanco ofrece suficientes evidencias para rebatir algunos planteamientos de trabajos anteriores —entre ellos “Hogares y trabajadores en la ciudad de México”, del cual soy coautora— que identificaban la unidad doméstica nuclear joven como desalentadora de la participación femenina en el mercado de trabajo. Blanco demuestra nítidamente que una parte importante de las funciones domésticas de este tipo de hogares no se lleva a cabo dentro de ellas sino que se apela a recursos extradomésticos representados por una red familiar de mujeres para lograr “acomodar” el desempeño de actividades asalariadas. Esta investigación demuestra la necesidad de rebasar la unidad doméstica residencial en el estudio de los condicionamientos de la oferta de fuerza de trabajo femenina remunerada.

Por último, la investigación de Mercedes González de la Rocha ilustra cómo las mujeres han actuado en el contexto de la recesión económica y la pauperización de sus familias. En este trabajo, referido a Guadalajara, la segunda ciudad del país, se comprueba un aumento importante de la participación de las mujeres adultas en el mercado de trabajo en los años ochenta, incremento señalado por otras investigaciones que requiere gran esfuerzo adicional de investigación e interpretación. Como la autora cuenta con información sobre dos momentos en el tiempo, 1982 y 1985, puede profundizar en varias hipótesis sobre las estrategias de sobrevivencia de los sectores urbanos pobres que, como ella bien afirma, son a menudo más objeto de especulación que de investigación científica. Desde

esa perspectiva, me parece especialmente relevante la documentación que lleva a cabo la autora de lo que ella denomina "la manipulación del ciclo doméstico", y la constatación de que las familias grandes y extensas sí viven mejor, por lo menos en términos de ingresos económicos.

Comentarios metodológicos

Todas las investigaciones reseñadas utilizan pequeñas muestras, estrategias micro, exploratorias, o análisis cualitativo. Sin embargo, resulta interesante comprobar cierta insatisfacción con los aportes de este tipo de metodología en diversos trabajos.

Por ejemplo, Martha Judith Sánchez afirma:

en tanto estudios de caso, los resultados de las investigaciones que hemos citado no pueden ser generalizados, pero sí pueden dar una visión global de algunos aspectos del trabajo doméstico; más aun si tenemos en cuenta que no se les considera como conocimientos acabados sino fundamentalmente como hipótesis y tendencias (p. 69).

Mary Goldsmith plantea:

Sería importante estudiar los procesos productivos del servicio doméstico con base en una muestra más amplia y con mayor control respecto a las variables sociodemográficas de los hogares que contratan servicio doméstico (p. 132).

Mientras que Mercedes González de la Rocha asegura:

la diversidad ocupacional de la (su) muestra corresponde a la diversidad ocupacional del censo de población de 1980 y a la encontrada en la muestra del mercado de trabajo de Escobar (1986a y 1986b), ésta sí seleccionada cuidadosamente para obtener representatividad estadística (p. 161).

Una muestra pequeña analizada desde el punto de vista cualitativo es la estrategia metodológica adecuada en varias de las situaciones a las que se enfrentan las autoras de este libro, por la falta de conocimiento sistemático existente sobre los temas que abordan y porque se quiere conocer motivaciones, percepciones, o los significados que los individuos atribuyen a ciertos fenómenos y procesos. Considero que la estrategia micro o el análisis cualitativo no sólo debe plantearse como una alternativa impuesta por los recur-

sos con que cuenta el investigador, sino que puede emplearse legítimamente como tal por el *tipo de conocimiento* que permite obtener.

Desde esta perspectiva, me gustaría ofrecerles el punto de vista de algunos autores en la demografía antropológica (en especial de John Caldwell en diversos trabajos sobre el enfoque micro en demografía). Esta corriente plantea que la investigación demográfica más tradicional sospecha a menudo del enfoque micro —en él nada puede ser probado de manera acabada desde el punto de vista estadístico. La demografía antropológica contraargumenta que les preocupa poco este tipo de posiciones pues, fundamentalmente, tienen un escepticismo profundo sobre dos puntos diferentes:

El primero es si la asociación estadística tiene significado cuando es significativa (*significant and meaningful* en inglés). Sostienen que en muchas investigaciones macro que llenan los requisitos de las pruebas estadísticas no se hacen preguntas sobre puntos de importancia fundamental, o se formulan de una manera que distorsiona la realidad al medir sólo parte de ella.

El segundo punto es el sentimiento de que el enfoque macro es deficiente para medir cambios y bastante incapaz para explicarlos. Esta corriente de demografía antropológica valora el enfoque macro, que proporciona parámetros cuantitativos, pero considera que el enfoque micro es un instrumento mejor para explicar esos parámetros.

Agenda futura de investigación

Varios de los artículos tienen muy buenas ideas sobre este particular e invitaría a leer lo que las autoras ofrecen al respecto. Me gustaría destacar brevemente, desde esta perspectiva, un punto que las autoras señalan como uno de los hechos más frustrantes en la investigación sobre la mujer. Por ejemplo, Martha Judith Sánchez, afirma: “en otras palabras, la incorporación de la mujer al trabajo no lleva aparejada la participación del hombre esposo-jefe de la unidad al trabajo doméstico” (p. 74); Mercedes González de la Rocha concluye:

las relaciones entre los géneros no han variado, de tal manera que las mujeres siguen enfrentando un medio familiar hostil, permeado de presiones, desigualdades y violencia. A pesar de que han sido piedras angulares en la lucha por la sobrevivencia, no han logrado obtener un poder correspondiente (p. 172).

Estas afirmaciones son interesantes porque, en el fondo, sabemos que quienes las hacen reaccionan frente a aquellas posiciones que suponían que la entrada masiva de la mujer al mercado de trabajo era una condición suficiente para lograr cambios en la situación femenina.

No obstante, a veces siento que esta discusión es un tanto paralizante en la investigación y acción sobre la cuestión femenina. Una vez comprobado que la incorporación al mercado de trabajo no garantiza lo que creíamos que garantizaba, debemos ser capaces de elaborar hipótesis e investigaciones más sofisticadas sobre las dimensiones de la vida individual y social de las mujeres que sí pueden ser objeto de transformaciones. En este sentido, la perspectiva comparativa es fundamental: comparativa en el tiempo y en el espacio, entre jóvenes y mayores, entre mujeres y hombres con niveles de escolaridad diferentes y con pertenencias étnica y de clase distintas. En síntesis, la agenda de investigación sobre la mujer en los años noventa nos exige más de nuestra capacidad e imaginación para plantear, ubicar e impulsar los cambios que todos queremos y que nos reúnen en ocasión de la aparición de este libro.

Esperanza Tuñón

Antes de comentar los artículos que conforman la segunda parte del libro, quiero reiterar la importancia que, desde mi perspectiva, tiene la publicación del texto que hoy nos ocupa. Me parece que *Trabajo, poder y sexualidad* cubre una necesidad básica de todos aquellos interesados en la problemática de género en nuestro país.

Creo que tiene y cubre este perfil por varias razones: en primer lugar los temas que abarca, en general, reflejan los grandes ejes o líneas de la investigación sobre la mujer y los géneros. En segundo lugar, por los aportes teóricos y metodológicos que ofrece y que permiten comprobar la variedad de recursos y de imaginación analítica con que puede abordarse el objeto de estudio. Y, en tercer lugar, no menos importante, por reflejar el avance de la investigación sobre el tema en nuestro medio y por ser fruto de un trabajo colectivo e interdisciplinario de rigor académico.

Me parece que el libro muestra un modelo de discusión académica que anima al intercambio, al debate fundamentado y a la búsqueda de difusión del conocimiento sobre el tema.

La segunda parte del libro, "Mujer y participación política",

la integran una introducción realizada por Alicia Martínez, los trabajos de María Luisa Tarrés “Más allá de lo público y lo privado. Reflexiones sobre la participación social y política de las mujeres de clase media en Ciudad Satélite”; Georgina Limones “Las costureras anarcosindicalistas de Orizaba, 1915”; Regina Cortina, “Poder y cultura sindical: la mujer en el Sindicato de Trabajadores de la Educación en el Distrito Federal”, y Luz de Lourdes de Silva “Las mujeres en la élite política de México: 1954/1984”, y una amplia bibliografía sobre el tema.

Tomados en conjunto, los cuatro artículos nos hablan acerca de la construcción de las mujeres como sujeto social mediado por la acción política, por un lado, y por el peso cultural generado en la identidad de las mismas, por el otro.

Así, se aborda una disusión teórica fundamental, sobre la pertinencia analítica de categorías tales como ámbito público y privado para explicar la opresión femenina y la manera particular de hacer política de las mujeres.

En esta discusión se incorpora una distinción importante referida al poder en tanto participación política, y a la identidad social donde el género aparece como la mediación de su conformación.

Los distintos artículos marcan las diversas movilizaciones y acciones políticas que variados grupos de mujeres realizan, destacan lo que hacen y cómo lo hacen, al tiempo que señalan las dificultades de género (que atraviesan la situación de clase, estado civil y la etapa de ciclo de vida de las mujeres) que permiten justamente explicar y comprender a las primeras.

María Luisa Tarrés ofrece la noción de “campos de acción” como un elemento nuevo de análisis. Asimismo nos ilustra con los resultados de una investigación de campo realizada entre mujeres de sectores medios de Ciudad Satélite basada en esta concepción y esta metodología.

La discusión teórica y la descripción del estudio resultan sumamente sugerentes para el tema y plantean una serie de preguntas fundamentales para futuras investigaciones, referidas en lo general al contraste de este modelo en otros sectores sociales así como con la dinámica propia que se da en los espacios políticos considerados masculinos.

Georgina Limones investiga puntual, rigurosa y detalladamente las condiciones de trabajo de las costureras de Orizaba en 1915, su lucha sindical y las opciones políticas con que contaban para organizarse en la época. Su trabajo es un serio intento por vincular la lógica del mundo laboral con la situación de un sector de obreras

significativo, en una región compleja y en un contexto histórico particular; la autora demuestra las peculiaridades de la participación sindical de las mujeres y las dificultades y obstáculos que enfrentan en ella.

Regina Cortina analiza la experiencia del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación en el D.F. referida a la escasa inserción y acceso de las mujeres del mismo a los puestos de decisión sindical, contrastándola con la fuerte feminización de la labor docente y magisterial en el país.

Destacan la acertada descripción de los mecanismos de segregación en el empleo magisterial —que podrían aplicarse en otros espacios laborales— y los elementos ideológicos enraizados en la cotidianidad de las maestras que explican, en parte, la aceptación y asunción del papel sexual asignado socialmente.

Sin embargo, me parece imprescindible actualizar el ensayo de Cortina, pues la lucha magisterial de los años 1987/1988 tendió a modificar la presencia política de las maestras y llevó a una de ellas a la Secretaría General del Sindicato.

Cuánto pudo el movimiento magisterial alterar la identidad de estas mujeres, si se mantendrá y consolidará su participación, sindical y si ésta adquirirá o no una especificidad de género, son cuestiones que sólo futuras investigaciones podrán dilucidar; pero considero que contemplar este nuevo perfil y tendencia en el magisterio enriquecería notablemente el trabajo de Cortina.

Luz de Lourdes de Silva expone e interpretar la composición femenina de la élite política del país al plantear una serie de variables significativas (entre ellas la edad, escolaridad, origen de clase, lugar de nacimiento y redes familiares) de las mujeres que han ocupado cargos de importancia en el gobierno federal. Cruzando estos elementos con los puestos ocupados y su desempeño en los mismos, De Silva nos ofrece una muy útil radiografía política del perfil de estas mujeres al tiempo que cuestiona las posibilidades del ejercicio de dichos puestos desde una perspectiva de género.

Con una visión de conjunto y en función de esta lectura de los cuatro artículos, me parece que hubiera sido posible organizar su presentación de otra manera en el texto:

En primer lugar, confrontando los artículos de Tarrés y de Silva pues abarcan la participación política femenina formal e informal y destacan en cada caso la construcción de mecanismos y de redes de identificación colectiva y, en una segunda instancia, los trabajos de Limones y Cortina, referidos a experiencias específicas de mujeres por sector social y etapa histórica, así como el análisis

de la traducción de su acción en determinadas formas de participación política acordes con su propia mediación.

Por último, sólo quiero reiterar lo valioso y sugerente que resulta la lectura y el estudio del libro que hoy se presenta.

Gloria Roel

La tercera sección de este libro, "Identidad y sexualidad" incluye cuatro artículos: "Lo femenino en un recorrido psicoanalítico" de Marie-Claire Delgueil, "Brujas e identidad femenina (saber, poder y sexualidad)" de Florinda Riquer Fernández, "Mujeres, cosmovisión y medicina: las curanderas mexicanas" de Sylvia Marcos y "El ser mujer: identidad, sexualidad y reproducción" de Noemi Ehrenfeld Lenkiewicz. Las autoras tratan la identidad femenina, sin pretender definirla, desde las perspectivas de sus especialidades y a través del prisma de su propia femineidad.

En un valioso esfuerzo por mantener el diálogo interdisciplinario, Marie-Claire Delgueil rastrea lo femenino en la historia del psicoanálisis. Destaca cuatro momentos de contrapunto entre las voces masculinas, en especial la de Freud, y las discrepantes voces psicoanalíticas femeninas. A pesar de los errores de la psicología femenina freudiana, la autora reconoce que en los textos de Freud "está lo esencial de los temas que se plantea el psicoanálisis hoy en día". Me uno a su homenaje a Freud porque éste, más allá de los puntos ciegos que le impidieron comprender lo femenino, sentó las bases para investigarlo y creó las herramientas que permiten enmendar sus errores. Freud dió cabida a las aportaciones de mujeres provenientes de diversas disciplinas y reconoció el mérito de aquellas que con singular creatividad y talento suplieron su falta de formación académica. Este fenómeno no se ha dado en ninguna otra disciplina (Barglow y Shafer, 1970).

Freud reconoció que le era imposible captar en sus pacientes mujeres "todo lo relativo al primer vínculo de la niña con la madre" y aseveró que para comprender a la mujer es indispensable conocer esa fase de su desarrollo, a la que llamó "prehistoria" (Freud, 1933).

Dada la prolongada dependencia y vulnerabilidad del ser humano, el vínculo con la madre es sumamente significativo. Durante la "pre-historia" infantil el hijo vive a la madre como un ser omnipotente: cuando gratifica sus necesidades físicas y emocionales la percibe totalmente buena, cuando las frustra, omnipotentemen-

te mala. Durante los primeros tres años de vida, gracias al proceso de separación-individuación que se fragua en esa fase del desarrollo (Mahler, Pine y Bergman, 1975), la niña y el niño comienzan a integrar estas dos representaciones escindidas de la madre. Pausadamente logran percibirla como una sola persona con aspectos positivos y negativos. Si la madre prodiga cuidados "suficientemente buenos" (Winnicott, 1965) el hijo cobrará la seguridad emocional y física para sobrevivir y desarrollarse en forma predominantemente armónica. Al mismo tiempo irá estructurando una imagen de sí mismo que incluya tanto aspectos positivos como negativos. Esto le permite aprender a regular su auto-estima. El proceso de separación-individuación no llega a consolidarse definitivamente. La Dra. Mahler asegura que persiste desde la cuna hasta la tumba.

Independientemente de que el hombre o la mujer logren una estructuración óptima del proceso de separación-individuación, en el substrato inconsciente de su psique subyacen esas tempranas imágenes parciales de la madre y, por lo tanto, de lo femenino. Estas representaciones mentales de la mujer son, por una parte, la de un ser ideal, puro, maternal, fuente de vida y armonía, omnipotente para hacer el bien o, por el contrario, omnipotentemente mala, destructiva, enemiga implacable, lujuriosa y castrante. Esta última imagen de la madre es tan aterradora que el hijo la reprime y suplanta con la imagen de la mujer impotente, devaluada y sometida. Dichos prototipos estereotipados reinan en el inconsciente del hombre y de la mujer, aparecen en los sueños y en las expresiones estéticas, moldean nuestros valores, creencias y costumbres, determinan nuestra auto-imagen y nuestras relaciones interpersonales. En ellos se fincan dos mitos universales: que la mujer es un ser superior o, por el contrario, que es inferior al hombre.

En la cacería de brujas que describe Florinda Riquer se hace patente el mito de la mujer omnipotentemente destructiva. Las curanderas estudiadas por Sylvia Marcos plasman el mito de la superioridad femenina y en los estereotipos femeninos que denuncia Noemí Ehrenfeld se polarizan las imágenes de la mujer madre y virgen versus la prostituta lujuriosa.

Ejemplificaré la vigencia de las fantasías infantiles de la imagen materna en la mente adulta, tomándome la libertad de visualizar la cacería de brujas como si fuese no un hecho real sino la fantasía de un paciente en tratamiento psicoanalítico.

¿En qué consistió esa cacería de brujas? La autora describe cómo jerarcas religiosos victimaron a 300 000 mujeres en la hoguera, acusándolas de impedir la concepción, de provocar abortos e infanti-

cidios, de devorar niños y de ofrendarlos al demonio, de copular con el diablo para obtener poderes maléficos, de causar impotencia en los hombres, de hurtarles el pene y de convertirlos en bestias. De ser estas acusaciones sólo la fantasía del paciente hipotético, las entenderíamos como una proyección de sus deseos fraticidas infantiles, comunes en todo niño ante el nacimiento de un hermano que amenaza con apropiarse del cariño materno. Debido a que estos deseos de matar al hermano rival producen culpa, el niño los proyecta en la madre mala. Pero considerar que la madre es infanticida resulta intolerable, por lo que esta idea es reprimida y permanece en el inconsciente infantil. En la fase edípica del desarrollo, aproximadamente entre los 3 y los 6 años, el niño ya intuye que los niños son el producto del intercambio sexual entre sus progenitores. El nuevo rival constituye prueba fehaciente de que la madre engañó al niño con papá. No sólo rechazó los avances amorosos de su pequeño galán, sino que lo traicionó. Este cruel desengaño le produce mucho dolor y rabia. Odia a sus padres, pero como también los quiere y le son indispensables, se siente culpable y merecedor de castigo. El castigo que anticipa es la castración. Este drama es reprimido pero continúa vigente en el inconsciente. En nuestro paciente hipotético aflora en la fantasía de la cacería de brujas. El jamás albergó deseos fraticidas. Las brujas son las asesinas que impiden la concepción o sacrifican al hermano rival. No es la madre quien lo traiciona con papá, son las brujas las que efectúan el coito, no con papá sino con el demonio. No es mamá quien amenaza con castigarlo, sino las brujas quienes roban la potencia de sus víctimas, castrándolos. No es el hijo una bestia de bajos instintos, son las brujas quienes lo convierten en bestia. Por sus graves delitos, las brujas merecen morir en la hoguera.

Desventuradamente el exterminio de las supuestas brujas no fue mera fantasía de nuestro paciente imaginario sino un crimen colectivo perpetrado al amparo del poder eclesiástico imperante. El exterminio de las acusadas, concluye Florinda Riquer “fue un crimen que el poder masculino permitió contra los pequeños poderes femeninos, derivados de una profunda sabiduría de la vida y de la muerte”. Sin embargo esos pequeños poderes se potencializan en el inconsciente debido a la omnipotencia atribuida a la figura materna. ¿En qué medida la cacería de brujas constituyó una venganza de los verdugos en contra de la madre traicionera, lujuriosa y castrante? Sólo podríamos aseverarlo si ellos lograsen hacer conscientes estas fantasías infantiles desde nuestro diván psicoanalítico. Como ello es imposible, la comprensión psicoanalítica sólo nos

permite especular sobre las posibles fuentes inconscientes de este fenómeno colectivo que duró tres siglos. Para estudiarlos debidamente sería necesaria la colaboración interdisciplinaria. Sin embargo, el enfoque psicoanalítico nos permite comenzar a comprender las fuentes psicodinámicas de la misoginia patentizada en la cacería de brujas, así como en la que observamos tanto en hombres como en mujeres.

En el estudio de Sylvia Marcos sobre las curanderas mexicanas encontramos un claro ejemplo del mito de la superioridad de la mujer. Aunque, como lo señala la autora, la curandera de ayer y de hoy maneja poderes duales, pues representa el supremo bien y el mal, el estudio en cuestión centra su enfoque en la curandera como intermediaria entre el orden divino y el terrenal. A diferencia de las brujas, estas mujeres no se coluden con el demonio, sino que se alían con la divinidad para "hacer el bien y curar almas y cuerpos, restaurando el equilibrio entre lo terrenal y lo divino". Con sabiduría ancestral actúan como intermediarias privilegiadas de las fuerzas cósmicas, simbolizando a la madre ideal, fuente de vida y bienestar.

En los estereotipos que denuncia Noemí Ehrenfeld aparece nuevamente la mujer escindida: madre virginal o mujer que considera el placer erótico como la gratificación primordial. La autora ejemplifica esta escisión maniquea con el testimonio de unas jóvenes embarazadas que están siendo estudiadas en el hospital general Dr. Manuel Gea González. Las respuestas de estas chicas muestran cómo para ellas la femineidad es equivalente a la maternidad. Esto coincide con lo que encontramos en la investigación que realiza la Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica sobre la ruptura de la pareja y sus efectos en los hijos. El prototipo de la mujer que predomina en nuestra investigación es el de aquella que por el solo hecho de nacer mujer es devaluada por ambos padres. Su identidad se centra en la maternidad. La familia y la sociedad le inculcan la convicción de que para ser mujer debe actuar maternalmente desde niña en todo lugar; con sus padres y hermanos, con su pareja, con sus hijos y sus nietos, en el ámbito laboral, siempre y en todo lugar. Actuar maternalmente significa anteponer el bienestar de los otros al propio, vivir en función del marido y de los hijos, ser abnegada y dependiente, servir incondicionalmente, reprimir su enojo y su sexualidad (Berman, Roel, 1986).

Este estereotipo, tan sintomático en nuestra cultura, condensa el mito de la madre ideal, asexuada, y el de la mujer devaluada, servil e inferior. Está tan arraigado en nuestra cultura que comun-

mente encontramos en el trabajo clínico a mujeres que, a diferencia de sus madres, cursaron una carrera y logran éxito laboral; sin embargo, en sus relaciones de pareja se apegan al patrón de la mujer tradicional abnegada y masoquista. A pesar de que conscientemente reprueban esta conducta, no logran apartarse del estereotipo porque hacerlo implicaría, a niveles profundos, desobedecer a la madre. Reconocer y luchar por sus derechos, atreverse a confrontar a quienes las atropellan, enojarse, no circunscribir su creatividad a la procreación, gozar su sexualidad, valorarse, procurar su individuación y autonomía va en contra de su identidad femenina.

Nancy Chodorow estudió los efectos que tiene en la mujer el ser cuidada exclusivamente por la madre, y sostiene que esto determina en gran medida la psicología femenina y perpetúa los estereotipos masculino y femenino que rigen en las sociedades patriarcales. Chodorow considera que si el padre cuidara equitativamente a los hijos desde el nacimiento, hombres y mujeres contarían con opciones para lograr identidades más plenas y armoniosas (Chodorow, 1978).

Agradezco a las autoras de la sección “Identidad y sexualidad” del libro que hoy presentamos el enriquecimiento que me prodigaron con sus valiosas contribuciones. Al igual que ellas, yo también planteo interrogantes que rebasan los límites de mi especialidad. Una de estas es: así como la prehistoria del desarrollo infantil nos ha permitido comprender mejor la relación hombre-mujer, ¿será la prehistoria de la humanidad, esos milenios durante los cuales algunos antropólogos aseguran imperó el matriarcado, la que pueda explicar el salto que, como especula Marie-Claire Delgueil “transformó el falo en emblema del poder y del saber”? ¿Esa toma de poder se produjo una vez que el matriarcado agotó sus posibilidades? De ser así, ahora que se agotan las posibilidades del patriarcado ¿podremos acariciar la esperanza de que la humanidad dé otro salto hacia un orden social diverso? ¿Será posible que así como las mujeres aprendemos el lenguaje masculino sin perder el propio, los hombres lleguen a escuchar el nuestro y mediante el diálogo juntos construyamos un orden social equitativo? Ojalá.

Bibliografía

- Barglow, P. y M. Shafer (1977), “A new female Psychology?”, *Female Psychology*, Harold P. Blum, ed., International Universities Press Inc., Nueva York.

- Berman, R. y G. Roel (1986), "The cultural variable and intrapsychic determinants of marital breakup". 63rd Meeting of The American Orthopsychiatric Association, Chicago (no publicado).
- Chodorow, N. (1978), *The reproduction of mothering-psychoanalysis and the sociology of gender*, University of California Press.
- Eichenbaum, L. y S. Orback (1982), *Outside in Inside out, Women in Psychology. A feminist Psychoanalytic Approach*, Estados Unidos, Penguin Books.
- Freud, S. (1933), *Femininity*, Standard Edition, Hogarth Press, Londres.
- Jelin, Elizabeth (1980), "Trabajo y familia en el ciclo de vida femenino: el caso de los sectores populares de Buenos Aires", en *Estudios CEDES*, vol. 3, núms. 8-9, Buenos Aires.
- Kirkwood, Julieta (1984), "Feminista y política, ¿práctica o teoría?", Ponencia presentada en el seminario "Investigación sobre la mujer e investigación feminista: balance y perspectivas de la década de la mujer en América Latina", Montevideo, Uruguay, GRECMU.
- Mahler, M., F. Pine, y A. Bergman (1975), *The psychological birth of the human infant*, Basic Books, Nueva York.
- Rubin, Gayle (1975), "The traffic on women", en Reiter Reyna, *Anthropology of Women*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Vargas, Virginia (1984), "Movimiento feminista en el Perú: balance y perspectivas", Ponencia presentada en el seminario "Investigación sobre la mujer e investigación feminista: balance y perspectivas de la década de la mujer en América Latina", Montevideo, Uruguay, GRECMU.
- Winnicott, D.W. (1965), *The naturalization Processes and the facilitating environment*, Int. Univ. Press, Nueva York.
- Yanagisako, Sylvia Junko (1979), "Family and Household: the Analysis of Domestic Groups", Stanford, California, Department of Anthropology, Stanford University.